

LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

ABEN-ZULEMA Y GELOYRA.

ROMANCES MORISCOS.

I.º

EL JOGO DE CAÑAS.

En cien caballos que al cisne
en el color desafían,
y á tiempo que el sol hermoso
cayendo en los mares iba,

Cien caballeros valientes
de los moros de Patria,
triumfantes de los cristianos
á sus casas se encaminan.

Allí, en lugar de descanso,
correr esperan sortijas,
y en zambras, toros y cañas,
ver la pública alegría.

Marlotas de grana llevan
hermosas á maravilla,
y capellares bordados
de zafiros y amatistas.

Fuego sus lanzas despiden
y aceradas coracinas,
y adargas y cimitarras,
del rayo del sol heridas.

No hay mejores caballeros
en toda la morería,
ni mora que al verlos pueda
sin pena quedar con vida;

Pues aunque el honesto labio
y los ojos no lo digan,
en vano callan; que el rostro
con el color lo publica.

Ya con alegres estruendos
su llegada solemnizan
las trompetas y atabales,
añafles y bocinas.

Los ancianos y mujeres
y los niños de Patria,
por verlos llegar, ocupan
las almenas de la villa.

Y al descubrirlos de lejos,
claman con gran vocería:
*¡Alá guarde para siempre
á la flor de la morisma!*

Llena, por gozar el pueblo
las fiestas de su venida,
los palenques y tablados,
ventanas y celosías.

Aben-Jacob el Alcaide
va á la plaza con su hija,
á quien llaman los donceles
desdeñosa clavellina.

Cubierto con una toca
lleva el rostro Geloyra,
porque no se alabe el vulgo
que puede gozar su vista.

De pocos deja mirarse,
y esos son los que publican
su hermosura y gentileza,
y su condicion esquiva.

El Amor, temiendo acaso
perder joya tan lucida,
convertido en mariposa
dicen que le dijo un día:

*Oculto el hermoso rostro
á cuantos por ti suspiran;
que se busca mas la perla
cuando está mas escondida.*

*Arrancada de su huerto
la flor mas pura y mas linda,
del labrador en las manos
se deshoja, ó se marchita.*

*La mariposa tan solo
besar tus hojas consiga:
no abejas que la fragancia
solo robar solicitan.*

El amor besarla quiso;
mas tívole el viento envidia,
y cubrió el hermoso rostro
con el velo de la niña.

Y ella, los ojos alzando,
las doradas nubes mira,
y ve que entre los celajes
los rayos del sol aun brillan.

Desde entonces se recata
la preciosa Geloira,
y le enfadan los amores,
como al triste la alegría.

Ir á las fiestas de cañas
le fué obligacion precisa;
que su padre así lo ordena,
y era costumbre en la villa.
¡Nunca jugarán los moros
en la plaza de Patria;
que hay serpientes entre flores
como entre rosas espinas!

Entraron los caballeros
formados en dos cuadrillas,
y rodearon la plaza
por encontradas esquinas.

Diestros las cañas jugaron,
diestros corrieron sortijas,
y siempre con buen aliento
sin postrarse á la fatiga.

Ni el mas pequeño desaire
turbó tamaña alegría,
ni al vencedor, ni al vencido,
orgullo, quejas ó envidia.

El gallardo Aben-Zulema,
adalid de la milicia,
fué el mas diestro en ambos juegos,
y á quien el premio destinan.

Llega al trono del Alcaide,
donde estaba con su hija:
quien tiembla al mirar al moro
que está á sus pies de rodillas:

Y le pone entre las manos
cimitarra damasquina,
con un tahali berberisco
de seda y de pedrería.

*Tengas ventura en las tides,
dice al moro Geloira;
y tambien en los amores*

la tengas á decir iba;

Mas dentro de sí prosigue:
no la busques, ni la pidas,
que hasta en mi pecho la logras.
¡Grande es sin duda tu dicha!

En esto el Amor levanta
el velo que la cubria,
diciendo al moro arrogante:
Si tienes corazon, mira.

Mientras ella el dulce rostro
quiere ocultar y no atina,
la honestidad una rosa
abrió en sus blancas mejillas:

Y aun pareció que sus ojos
decir entonces querian:
*¡Triunfaste de mis desdenes!
¡tuya es ¡oh moro! mi vida!*

II.

DE JARDIN DE LOS AMORES.

En el jardin de su alcazar
miraba nacer el sol,
la orgullosa Geloira,
presa en los lazos de Amor.

El Desden que con sus armas
cercaba aquel corazon,
al punto, cual negra sombra
con la luz, desapareció.

Ya cien Amores alados,
para guardarla mejor,
cadenas le echan al cuello:
cadenas que flores son.

Presa está la ingrata mora,
que en vano á tantos prendió:
esclava es de Aben-Zulema,
el mas gallardo español.

Por el Oriente asomaba
de la Aurora el resplandor,
diciendo á las tiernas aves:
Aben-Zulema venció.

La tórtola enamorada,
llorando estaba el rigor
de su amante desdenosa,
cuando tal acento oyó.

Mas, enternecida ella,
le dijo con blanda voz:

*si Aben-Zulema ha vencido,
tambien eres vencedor.*

Una rosa que entreabria
ufana el verde boton,
del color de la vergüenza
sus blancas hojas vistió.

Y al jazmin, que se admiraba
de verla con tal color,
*¿no has escuchado (le dijo),
que Aben-Zulema venció?*

Mariposas inconstantes
volaban de flor en flor,
repetiendo estas palabras
con dulce y secreta voz:

*Teñid vuestras blandas hojas
de mas pintado arrebol;
que de esta mora en el pecho
su trono ha sentado Amor.*

Una lágrima en los ojos
de Geloira asomó,
en tanto que despuntaba
el primer rayo del sol.

*¿Por qué, Desden, me abandonas?
(la triste mora exclamó)
¿No me ves entre cadenas
gemir en esta prision?*

*¿Por qué miré á Aben-Zulema,
tan galan como seroz,
en vez de correr sortija,
herirme en el corazon?*

*Para enemigos traidores,
no bastan escudos, no;
y en verdad Aben-Zulema
que fuiste moro traidor.*

*Tristes hijas de Patria,
mirad cual me miro yo;
y si no os mueve mi llanto,
muévaos al fin mi dolor.*

*Yo, libre un tiempo cual ave
que surca el aire veloz,
me he convertido en esclava
del ciego y vendado Dios.*

*¿Quién romperá estas cadenas
que flores dicen que son;
pero duras como el hierro
que el fuego y agua templó?*

*Las aves todas pregonan
el triunfo de aquel traidor,
y hasta las flores se alegran
de su dicha y mi baldon.*

¿Por qué, Desden, has huido,

*dejándole á mi dolor
las lágrimas en los ojos,
la pena en el corazon?*

*«Vuelve á tomar de mi pecho
las llaves, como señor:
las llaves que á un pobre niño
mi inesperienza entregó.»*

Esto la mora decia,
muerta de pena y amor,
á la orilla de una fuente,
que sus lágrimas cogió.

Mezclóse el agua á su llanto
que, para gloria mayor
de las flores amorosas,
por todo el jardin corrió.

Pero envidioso de ellas
un áleve ruiseñor,
para ofender su alegría,
el llanto y agua enturbió.

Mientras que todas las aves
cantaban con dulce voz:
*del desden de Geloira
Aben-Zulema triunfó.*

A. DE C.

PARALELO ENTRE ESPARTA Y ATENAS.

Entre las célebres repúblicas de la antigüedad, dos muy famosas contó el pequeño territorio de la Grecia; émulas por lo tanto una de otra, levantando sus erguidas cabezas por encima de todos los pueblos de aquel hermoso país, pugnando ambas por hacer prevalecer su poderio: pugna, que si bien sirvió para conservar el equilibrio durante siglos enteros entre tantos estados libres, contribuyó y no poco á la pérdida de su independenciam; porque deseosa cada república de satisfacer sus venganzas y abatir á su rival, pedian con frecuencia el auxilio extranjero, sabiéndose bien de ello aprovechar el enemigo. Ya se deja conocer que hago referencia á Atenas y Lacedemonia. Fué tal el influjo que en las demás repúblicas griegas ejercieron estos dos pueblos, que en su caída las sepultaron en sus ruinas, así

como las habian levantado en sus tiempos de prosperidad y grandeza. Bien se puede en tal concepto asegurar que la historia de Atenas y de Esparta, es la historia de la Grecia entera. No me parece, pues, desacertado y falto de interés el juicio comparativo que entre ambas repúblicas intento hacer.

Los dos grandes legisladores de la Grecia, Licurgo y Solon, imprimieron en las leyes, con que dotaron á sus pueblos, el sello de sus diferentes caracteres. Era Licurgo, grave y austero; y graves y austeras fueron sus leyes. Era Solon suave, afable y político; y esta suavidad y templanza se reflejaron en la legislacion de los atenienses. Dignas de admiracion son para aquellos tiempos las obras de tan eminentes genios. Sorprenden sin embargo mas las leyes de Licurgo, no porque fuesen preferibles á las de Solon; sino en cuanto á que á ellas supo el primero amoldar las costumbres de un pueblo; si bien el segundo formó las suyas con arreglo á las necesidades y costumbres de su patria. Mas breve; el uno, hizo un pueblo para sus leyes; y el otro leyes para su pueblo. La empresa de aquel, requeria mas arrojo y valor: este habia menester de mayor prudencia y sabiduria. Licurgo hizo soldados, Solon estimaba las prendas militares; pero sin escluir los demas talentos. De aquí tal vez nació la diferencia que existia entre ambas repúblicas; diferencia que los separaba á mayor distancia que á los pueblos mas remotos de la tierra. Esparta vivía para la guerra; ni querian, ni podian los ciudadanos elegir otra ocupacion: ser héroes ó renunciar á su patria, hé ahí la única disyuntiva que les dejaban; hé ahí su único destino. Atenas, admitia las artes y todo linaje de estudios. Era obligacion de los atenienses en caso preciso tomar las armas; pero cuando nó, les era lícito darse á cualquier clase de trabajo, con tal de que fuesen útiles á su patria. Impuesta en aquella república la rigurosa pobreza, se cerraba al corazon humano la entrada á todo género de pasiones, escepto al amor á la gloria y á los asuntos públicos: en esta el deseo de las riquezas fomentaba la industria y el comercio: en el corazon ateniense tenian cabida todas las pasiones: la actividad del alma se dirigia en todos sentidos. En Esparta los ciudadanos contraian desde su infancia la costumbre de obediencia: la voz de los magistrados y de los generales se oia con el mas

profundo respeto. En Atenas se sufría con impaciencia la sujecion de los superiores: la licencia solia ser para los atenienses lo mismo que la libertad: á veces desafiaban las leyes, y ménospreciaban á los magistrados; y no pocas la autoridad fué triste juguete de las reuniones populares.

Convertida la austeridad por el hábito en segunda naturaleza afirmaba un poder cimentado en las costumbres; y la fortaleza del gobierno las sostenia á su vez contra el torrente de las pasiones humanas. Relajadas las costumbres atenienses por el gusto de los placeres, no le era dado á un gobierno flaco y débil corregir los vicios y los abusos, que por lo mismo fueron cada dia en aumento. Altivo é imperioso el espartano, siempre quiso imponer la ley á los demás pueblos, llegando por esto á ser con frecuencia injusto y cruel, y siguiendo constante el mismo sistema de política. Valiente, magnánimo, industrioso y cortés el ateniense; pero vano, frívolo é inconstante produjo notables y hermosas obras; nobles y heroicas acciones; pero en cambio cometió grandes faltas, que acarrearón males sin cuento, y aun la ruina de aquella memorable república.

Muéstrase la diferencia de estos dos pueblos aun en el modo con que trataban á sus esclavos. Eran los de Atenas felices en comparacion de los ilotas. Miraban los lacedemonios á estos como bestias. Los cazaban inhumanamente en las inmediaciones de Esparta. Aquellos podian en caso de vejacion quejarse de sus amos ante los tribunales. Se les permitia comprar tierras y aun rescatarse, cuando habian reunido la cantidad necesaria: y repetidísimas veces les dieron sus amos libertad, en recompensa ya de sus talentos, ya de sus servicios.

Como las costumbres aseguran los gobiernos, dieron ambos gran importancia á la educacion de los ciudadanos, dirigiéndola con especial cuidado al objeto que cada cual se proponia. Educados en Esparta los niños por el estado, les prefijaban las horas y el género de trabajo; velando la república en sus ejercicios, en sus actos y hasta en sus conversaciones. Nada era indiferente; todo lo arreglaban las leyes: y desde sus mas tiernos años se acostumbraban á pensar y obrar del mismo modo. Solo con esta rara y perfecta igualdad podia conservarse una disciplina tan rigurosa y severa. De aquí la necesidad de que fueran comunes todos los bienes, y de desterrar las

artes, el comercio, el oro y la plata, en suma de quitar los medios de prosperar y enriquecerse. No en vano dice Condillac, que la moneda de hierro dió toda la consistencia al gobierno de los espartanos. En Atenas, donde eran muy desiguales las fortunas, no era dable adoptar tan singular educacion. La pobreza hubiera sido peligrosa, si se hubiera puesto trabas á la educacion, y no permitido á cada ciudadano la eleccion de sus estudios y trabajos, conforme á sus inclinaciones. De esta suerte lejos de cortar la educacion los vuelos del ingenio les daba alas para que se remontáran. Asi Atenas produjo tantos y tan distinguidos barones, asi en las artes como en las ciencias, tanto en las letras como en las armas; mientras que Esparta no dió al mundo mas que ilustres y valientes guerreros.—Admiremos el valor de los lacedemonios, y respetemos la memoria de los atenienses.

J. R.

CORRESPONDENCIA

DE DOS AMANTES A LA REINA DE DIOS.

Carta tercera.

DE SILVESTRE A JUANA.

Mi amada Juana Respingo,
pasando elante e tu puerta,
señá Francisca la tuerta
me dió tu papé er domingo.

Me tienes mu apurao
poique aqueyo sigue má,
¡Juana, tu eres mu animá!...
no lo tengas descuidáo.

Ascucha, que no te vea
en esa tierra er dotó,
que es er remedio peó
que hay en la *firmicopéa*.

De tercianas no ha peó
curarme don Pedro Moro,

y un dia me cojió un toro
y como el jumo se han dió.

Que los méicos bulero
son arbañile estiraó,
que á donde hay un desconchao
jansen ello un abujero.

Con que asin, quéate coja,
muérete de muermo ante,
y mejó que un platicante
cudia que un toro te coja.

Me ha jecho mucho ruio
lo que ises del corsé,
yo no sé como hay mujé
tan escasa de sentío,

Que se jinche de apretones
solo por moa no má,
y ande siempre aparejá
por morde é los *figurones*.

Tocante á lo que me as dicho
de toó lo perteneciente
á comé, sino inca er diente
te va á queá jecha un vicho.

Y si no traes la gordura
y er morrillo que llevate,
Juanilla, te equivocate,
te dejo por Dios ascura.

Que si te ha querio yo,
y tantico me as gustao,
es por tené á mi lao,
mucha carne, se acabó.

Y no me quieras menti,
diciendo que no estás flaca,
que mi memoria no es paca
y me acuerdo yo de ti.

Quando rasco á mi marrana
por los lomo, de verdá,
digo, lo mesmo tendrá
los suyos. mi prove Juana.

Y cuando por los *bosquetes*,
veo sali la luna yena,
recuerdo muerto de pená,
ay! tus jermosos cachetes.

Y tengo en mi güertesilla
dos morales, mu arrimao,
y en ellos veo enamorao,
tus jermosas pantorrilla.

Y ayé solo en la maleza,
á caer er só vi un matojo,
y se me vino á los ojo
la pintura é tu cabeza.

Juana, sabrás como Juan,

er nieto de tío *Cuchillo*,
va mañana pa er presillo,
po causa é don Sebastian.

Y tú me dirás, «¿poi qué?»
y yo te iré, Juanita,
de que vá, po que es bonita
la prove de su mujé.

Y tú me dirás «¿y por eso?»
y yo te diré ligero,
que porque tiene dinero
don Sebastian, ér va preso.

Sabes que don Sebastian,
es er padre de la villa,
y le quié jase cosquilla
ar probesiyo de Juan.

Y primero le compró
una viña y un pina,
con cierta intencion, ¿está?
pero Juaniyo lo olió.

Y, como á don Sebastian
le dió coraje y empacho,
por ladron y por borracho
acusó ar probe de Juan.

Y como que er perulero
no se pué defendé,
poique le farta er poé
que dá en er mundo er dinero.

Por eso digo, que Juan
va á di ahora, er probesillo,
á comé er pan der presiyo
por causa e don Sebastian.

Y tú me dirás ligero,
¿po dónde está la justicia?
y yo te iré que la vicia
er mardecio dinero.

Ay! esto tiene que vé,
á presiyo echan á Juan,
solo poque á on Sebastian
le ha gustao su mujé.

Pos estos, Juaniquilla, son
los padres der pueblo, ¿está?
Sebastianes mas que sá
hay en esta poblacion.

¿Qué quieres que te iga yo,
aunque tenga desparpajo?
que er probe siempre está cbajo,
cómo á esé, pasencia, ¿no?

Por fin dejemos á Juan,
y á su mujé Pretolilla,
que ahora está incá de roilla
delante e don Sebastian.

Y si jase esa aratá,
ay! lo jase sin malicia,
que aunque eya tenga justicia,
tiene que di á suplicá.

Juana, sabrás como ar Ruso,
ayer á las oraciones,
por unas contribuciones,
lo ha dejao en cuero un lechuso.

Dos contribuciones son
las que pagamos aquí,
una ar lechuso don Lui,
y la otra á la nacion.

Y es por la morosía
que tienen morosamente
toito los contribuyente
que tienen, pué, que pagá.

Y yo digo que es en varte,
ó mejo dicho, mu caro,
er lechuso, pues más claro,
las cobraria el arcarde.

Por fin que lo pase bien,
y que te acuelde de mí,
y di lo que pasa ahí,
que habrá que contá tambien.

Memoria de la Moñona,
y de Pepa la Accitera,
y de Antonia la Platera,
y de Francisco Carmona.

A tu mare ayé la ví
barriendo la casapuerta,
y ar verme se jizo tuerta
y me guiño, y yo me fi.

Dime tú, cuándo le igo
esto y esto, pué, ¿tu está?
pa que eya... ¿no es verda?
trate el asunto conmigo.

Y te vayas, y Jesú,
y mos veamos, y jinojo:
se me asen agua los ojos
y la boca me echa lú.

¿Con que está? y abú Perico,
me voy ancá er tío Cazurra.
Juana, sé siempre mi burra,
que yo seré tu borrico.

Y verá en no habiendo engorro,
lo que es tu... vamos, ní,
adios tonta, adios jiji.

Sirvestre Alcornoque er Zorro.

REVISTA DE TEATROS.

TEATRO DEL BALON.

TORCUATO TASSO (traducción). Sobre el mérito literario del drama no hablaremos, por ser ya bastante conocida del público esta producción. Dirémos sí, que es una de las muchas que contiene nuestro repertorio, que escasas en mérito literario, tiene sin embargo escenas de las que un buen actor puede sacar mucho partido.

El Sr. Valero desempeñó el papel de Tasso y estuvo feliz en su ejecución. Tuvo momentos en que nos reveló dotes de buen actor, y donde más lo hizo, fué en el final del drama en el cual lo encontramos muy bien.

Lástima que alguna de las figuras que componían el cuadro final estuviera tan estremadamente ridícula que escitara la hilaridad del público en el momento en que el Sr. Valero necesitaba de más atención por parte de él.

TEATRO PRINCIPAL.

A UN COBARDE OTRO MAYOR: UNA NOCHE DE NOVIOS (traducción). En estas dos piezas ha tenido el Sr. Valero en su contra los recuerdos que ha dejado en este público el Sr. Arjona (D. Joaquin), quien á nuestro juicio representaba mejor los diferentes caracteres que hay en las dos piezas. A pesar de ello, el Sr. Valero arrancó algunos aplausos.

¿Por qué no ha corregido el Sr. Valero el modo como fué leída la carta que D. Agame non escribe á los pretendientes de su hija? Esta escena que podía ser ligera y graciosa, tocó en el extremo opuesto; estas son pequñeces que disgustan y no deben pasar desapercibidas para un buen director de escena.

La última de las piezas, pudo muy bien haberse suprimido, por obscena é inmoral; y no sabemos como el Sr. Valero, sacrificó al

mas ó menos trabajo que en ella podía tener, la decencia y la moral. Su ejecución, fué buena, pero esta se oscurecía con lo indecente de la producción.

EN TOAS PARTES CUECEN HABAS. Esta linda y graciosa pieza de costumbres andaluzas, producción del Sr. Sanz Perez, fué bastante bien desempeñada por parte del Sr. Sanchez Albarran, quien á pesar de los recuerdos del Sr. Dardalla arrancó algunos justos aplausos.

Estas mismas piezas y con igual éxito que en el Principal, fueron ejecutadas en el Balon el lunes en la tarde.

BENEFICIO DEL SR. VALERO. Tuvo lugar el martes 17, habiendo cedido á favor de la casa de Beneficencia la parte que podía tocarle del producto de la función. Este acto honra mucho al Sr. Valero, y nos da á conocer los sentimientos de caridad y filantropía que abriga en su corazón. Guzman el Bueno y baile, fué la función escogida para el beneficio, y al anunciarlo nos dice el Sr. Valero, *que nada más á propósito puede ofrecernos que el gran drama del Sr. Gil de Zárate, por ser el que tantos aplausos le ha granjeado en los principales teatros de la Península; tanto de los públicos que me han honrado con su presencia, cuanto de todos los periodistas que han alentado mis débiles tareas con sus artículos, y que nadie ha podido desmentir, cuyos elogios también recibí de los de esta ciudad en la época anterior que rendí mis trabajos al ilustrado é imparcial público de la misma, del que volví á recibirlos en la ejecución del espresado drama la noche del 13 último, llamándome á la escena con marcadas muestras de aprobación que nada borrarán de mi memoria.* Hasta aquí el Sr. Valero, y como nosotros que fuimos los que hablamos de él en el Guzman, *desmintiendo lo que todos los periodistas que se lo han visto ejecutar le han dicho, vamos á decir por esta razón cuatro palabras á nuestros lectores y al Sr. Valero.*

Si nosotros viéramos en él al modesto actor que sin injustas pretensiones se presentaba á ejecutar el Guzman, por solo el gusto de que gozáramos con la hermosa producción del Sr. Gil, seríamos uno de los que alentáramos al Sr. Valero con nuestra débil voz á que siguiera en la escena dramática; y entonces le dirigiríamos nuestros pobres consejos, para que corrigiera los defectos que creyéramos encontrar en él; pero como quien se

presenta á nuestra vista es un *célebre y eminente primer actor*, no podemos corregirlo, sino criticarlo con imparcialidad, comparándolo con los modelos que nosotros conocemos y á quien él supone igualar. Bajo este punto de vista hemos mirado al Sr. Valero, y en ese sentido hemos hablado de él en el Guzman. Recuerdese si no nuestro artículo anterior. Nos dice en su anuncio que la ejecucion del Guzman le ha granjeado aplausos tanto de los públicos, cuanto de los periodistas; pero el Sr. Valero sabrá como nosotros, en los compromisos que se suelen poner á los redactores de periódicos, respecto á remitidos, ó artículos laudatorios, que no siempre son imparciales. Nosotros somos bastante independientes para no someternos á otras influencias que á la razon y á la justicia. No conocemos al Sr. Valero mas que como actor y como tal lo juzgamos, pero como á un *célebre actor*. Así es que en el Guzman hemos ido á ver á un émulo del Sr. Romea en este drama, pues así se ha dicho, y era tal la celebridad que en pos de sí traía el Sr. Valero en él, que cuantos nos hablaban sobre ello, lo consideraban tal. ¡Cuán desengañados quedaron al verlo ejecutar por el Sr. Valero! Es verdad, nos decian concluida su representacion, que despues de haberlo visto á este señor, lo vimos ejecutar al Sr. Romea y nuestras últimas impresiones eran las producidas por este señor, que equivocadamente creíamos eran de él, pero ya vemos hoy la distancia que hay de uno á otro.

Ya dijimos al Sr. Valero, que no existe término de comparacion entre él y el Sr. Romea, segun nuestra pobre opinion; pues que á este lo consideramos un grande actor, capaz de figurar en los principales teatros de la corte, como hoy lo está haciendo, no por estar dotado de todas las facultades que para tal se requieren sino porque existe en él una grande inteligencia artística, con la cual sabe cubrir la falta de sus facultades. Así es, que vemos al Sr. Romea dar el colorido de verdad que requieren los cuadros en que él toma parte, con tal maestría, que nos hace olvidar por un momento su falta de facultades, escitando al mismo tiempo nuestro entusiasmo, pues vemos brillar en él la llama creadora del genio, que nace con la criatura, pero que ni se adquiere, ni se aprende. En el Sr. Valero vemos sí, un buen actor para teatros principales de provincia, único quizás para esto; con intencion artística, pero que no

estando dotado por la naturaleza con todas las fuerzas suficientes para su ejecucion, la vemos brillar un momento en su fisonomía, sin llegar á entusiasmarnos, porque toda ilusion desaparece desde el momento que ejecuta lo que concibe. En el Sr. Valero, sus facultades artísticas no están en armonia con su intencion ó deseo, por lo cual creemos que nunca podrá brillar en el género dramático, tanto como en el cómico, y aun en este debe corregirse de la exajeracion con que ejecuta algunos caracteres. Nos dirán algunos, que tal ó cual drama lo desempeña bien, y no nos opondremos á ello, pues un actor puede estar bien en un papel, por hallarse este mas en sus facultades y alcances, y mal en otros; y este aserto lo vemos corroborado hoy con el Sr. Valero.

Si el Sr. Valero ha creido contestarnos sobre el buen desempeño del Guzman, diciéndonos que fué llamado á la escena y que le prodigaron aplausos, á todo ello le contestaremos con estas cortas palabras: «*aplausos no son razones*». Bien sabe el Sr. Valero por qué, y debe tener siempre muy presente á Shakespeare cuando en el tercer acto del Hamlet, le hace decir á este, dando consejos á los actores que vienen á divertirle, entre otras cosas lo siguiente: «*Llenaréis de alegría á un patio necio ultrajando la verdad; este triunfo es muy fácil: pero afligireis al hombre juicioso (no nos creemos de estos) cuya aprobacion es preferible á la de un patio entero.*»

El público de Cádiz ha tenido ocasion de ver en su teatro á los primeros actores que pisan la escena española en diversos géneros, y por lo tanto ha visto entre ellos algunos mucho mejores que el Sr. Valero. Esto se lo decimos, porque en su anuncio de beneficio se ve envuelta la idea algo *modesta* por parte de este señor, de que él es de lo mejor que aquí se ha visto, y es preciso desvanezca tal idea de su engreida imaginacion.

Algo nos queda por contestar á su anuncio, pero haciéndose demasiado largo este artículo nos retraeremos de hacerlo por ahora, y pasaremos á hablar de la ejecucion del Guzman en la noche del martes. Para hacerlo, apartaremos por un momento de nuestra imaginacion los recuerdos del Sr. Romea en él, y con la imparcialidad que hasta ahora hemos usado, le diremos que tuvo momentos muy felices, momentos en que mereció justos aplausos; pero al lado de lo bueno que vimos en él, veíamos

tambien lo cierto de nuestra opinion respecto al Sr. Valero, de que sus facultades no ayudan á su intencion, y por lo tanto no llenaba con verdad ó perfeccion al gran Guzman. Donde mas marcado se ve esto, es en las octavas finales del primer acto, y en la escena final del cuarto, que ya criticamos al Sr. Valero, cuando descendiendo de la escalera, escena que nosotros encontramos ser uno de los lunares que manchan la ejecucion del Guzman, por parte de este señor. El Sr. Valero ha trabajado mejor y con mas fe, en la noche del martes, que en la del viernes anterior, y á esto se nos ocurre la siguiente pregunta: ¿por qué no desplegó todas sus facultades desde la primera vez, como lo ha hecho en la segunda, en la que nos ha dado á conocer toda la estension de ellas? ¿Ha sido por ventura para que tuviéramos ocasion de repetirle lo que le tenemos dicho ya, de que es muy buen director de escena, y nos lo queria hacer ver nuevamente en lo bien preparada que estuvo la farsa final?

El Sr. Valero fué llamado á la escena concluida la representacion, y bajo estrepitosos aplausos le fueron arrojados versos, coronas, palomas y ¡hasta sombreros! ¿si se creeria el que lo arrojó que se hallaba en la plaza de toros, ó quiso confundirlo con el Lavi, á quien arrojaron una corona en la plaza de toros? Tambien entre los aplausos que le prodigaron cuando bajó la escalera, oimos las voces de *otra, otra*. Quizás fuera esto con el objeto de admirar la habilidad con que sabe rodar una escalera el Sr. Valero, sin hacerse daño.

Hemos visto que accediendo á nuestra advertencia, de que no saliera solo á recibir los aplausos del publico, al menos por modestia y galanteria, ha accedido á nuestras insinuaciones á la cuarta vez que se le ha presentado ocasion de poderlo hacer despues de nuestro artículo, de un modo que á la verdad no hubiéramos creído en él, pues ha sido obligando á servir de comparsas á los actores y actrices que lo acompañaron, los cuales no eran dignos de tal pago por el Sr. Valero, puesto que han hecho cuanto sus fuerzas les han permitido y hasta mas de lo que esperábamos. Esto lo habrá hecho quizás con el objeto de que produjera mas efecto el cuadro final, *accesorio al Guzman*, pues no tan solo salió á recibir la ovacion que se le tenia preparada, acompañando de los primeros actores, sino tambien de los que figuraban el pueblo y soldados, estos últi-

mos armados de lanzas y broqueles. ¡Cuánto lujo de acompañamiento, cuánto aparato! ¡Cuánta farsa Sr. Valero!! De qué distinto modo era V. recibido el año de 44 en el teatro del Circo de Madrid! ¡cuán opuestas eran las ovaciones de entonces, á las de ahora! ¡O *témpora, ó mores!* y bien puede V. añadir tambien: ¡*Ubinam gentium sumus!*

TEATRO DEL BALON.

Luis XI (traduccion). Este es uno de aquellos dramas que pertenecen al género de la tragedia clásica francesa, no siendo de los mas á propósito para distraer al público español, y solo puede hacerse soportable, por el buen desempeño del principal personaje de él. El Sr. Valero lo ha tenido á su cargo, y como siempre que lo ha ejecutado, nos ha hecho ver al verdadero Luis XI con sus caprichos y hasta su semblante: en fin ha logrado ponerse en armonía tal con el personaje que representa, que ha tenido momentos en que nos olvidamos del actor y nos ha hecho asistir á la vida de Luis XI, con todos los movimientos de su alma, carácter, costumbres y singularidades. Es el drama en que mas luce el Sr. Valero, pues está mas al alcance de sus facultades: pertenece á un género, que nosotros creemos puede manejar bien el dicho Sr. y en el que conseguirá brillar siempre. Pero no ejecute aquellos dramas en que tiene que luchar con la falta de facultades y en que nos ha de demostrar hasta donde alcanzan ellas. Sabe muy bien el Sr. Valero que un actor debe procurar ocultar siempre al público el último de sus esfuerzos, pues hace perder todo el entusiasmo que podia producir por ser de necesidad que al hacerlo corte los versos, y marcándose mas la diccion por esta causa, tiene que aparecer falsa é incoherente. El Sr. Valero como *celebre* actor no necesitará de estas advertencias que involuntariamente se han escapado á nuestra tosca pluma, pero debe considerarlas hijas de la imparcialidad y hasta cierto punto rectitud de

nuestro débil juicio. El Sr. Valero debe huir siempre de los dramas como el de Guzman el Bueno, pues conocerá que no son para sus facultades.

Hemos observado que el Sr. Valero no tiene, según parece, en su repertorio las producciones modernas de nuestros autores dramáticos, porque muy pocas son las que le hemos visto ejecutar de este número; y lo sentimos, pues esos dramas de grande aparato escénico y que pertenecen á la escuela francesa, no son los que están al gusto del día, y nos hace formar mal juicio de él, un actor que solo busca esas producciones para excitar el entusiasmo del público. Nuestro repertorio moderno contiene muchos dramas y comedias en que un buen actor puede lucir en la personificación de los diversos caracteres que en ellos se encuentran, sin necesidad de recurrir á esos en que las escenas violentas abundan mas que aquellas en que el alma del espectador puede encontrar satisfacción en verlas en escena. Y si aquellas por un momento conmueven nuestro corazón, es por cortos instantes, pues pasados estos, la imaginación reflexiona sobre lo que acaba de ver y no puede menos que rechazarlas con disgusto. Hay muchos que desean en el teatro grandes emociones que los conmuevan, pero estos son pocos, pues siendo el teatro la escuela correctiva de las costumbres, poco pueden aprender los que solo vean en el espectáculo tristes y violentos, como los que suelen abundar en los dramas de la escuela francesa.

Concluida la ejecución del drama fué llamado á la escena con justicia el Sr. Valero y le fueron arrojados unos versos, impresos en papeles de colores, que los actores del Balon le dedicaban. Salió en union de las primeras partes que lo acompañaron, según nuestras insinuaciones, y sin aparato. Al César lo que es del César.

L. DE G.

Rengloncitos que parecen versos, escritos en alabanza del Sr. Valero.

Algunos ingenios tan noveles que aun están en mantillas, y tan vergonzantes que no se

han atrevido á sacar á la luz del sol sus nombres para admiración del mundo, han escrito varias sargas de renglones, que pretenden ser versos, con el fin de alabar al Sr. Valero, y decir cuatro ó cinco verdades muy claras y terminantes á los picaros redactores de la *Tertulia*.

Y como aquellas composiciones son de un mérito singular para mover la risa en los labios de nuestros apreciables lectores, las insertamos á continuación, persuadidos que por sus graciosos disparates servirán á muchos de placer y de contento.

La primera de estas composiciones, empieza así:

Tal como al pié de un álamo frondoso,
Que allá en las nubes su ramaje pierde,
El áspid enroscado y venenoso
Oculto yace entre la yerba verde:
Oye el viento, agitado y receloso,
Y por morder... su propia cola muere...

Antes de pasar adelante conviene notar: primero, que esta comparación se dirige contra la *Tertulia*: segundo, que el autor quiere decir que nosotros hemos mordido al Sr. Valero, y que al morderlo, mordemos nuestra cola. De forma que el poeta vergonzante ha convertido al Sr. Valero en rabo de nosotros, á nosotros en áspides, y por consiguiente nada menos que en cola de áspid á su protegido. Sin duda al ensalzar á quien ensalza, se ha olvidado de aquel antiguo proverbio que dice: *mas vale ser cabeza de raton, que cola de LEON.* (L. de G.)

Concluye la octava en esta forma:

Así, del ignorante para mengua,
Tu genio es el cuchillo de su lengua.

En nada se asemeja un cuchillo á la cola del áspid, porque esta no tiene facultad de herir, como supone el autor de estos versos. Tal vez olvidó con el entusiasmo este punto de historia natural. Sin embargo no es de flaca memoria; puesto que en los anteriores versos para mostrar lo que le gusta, ha dado á la yerba el amable calificativo de verde.

La segunda de estas composiciones, escrita con apariencias de soneto, empieza así:

Del genio creador tu pecho encierra
El gérmen que al mortal tanto enaltece:

La eterna palma que lozana crece
Muy mas alla de la mezquina tierra.

Esto es decir en castellano y por medio de una metáfora endiablada, que el pecho del Sr. Valero encierra una eterna palma que crece con lozanía, y que se levanta de la tierra á una grande altura. Para mostrar á poetas de este género los desatinos que escriben, no se necesita mas que un pintor dispuesto á trasladar al lienzo cuantas sandeces aborten ingenios tan abandonados de las Musas y aun de la racionalidad, como parecen los presentes. En esta ocasion nos pintaria al Sr. Valero, saliéndole por la boca una palma de cuatro, seis, ocho, diez ó doce varas de largo; y es seguro, que el poeta que tales cosas dijo, iria á ocultar su vergüenza, si no á China, á lo menos en lo profundo de los mares, ó siete estados debajo de tierra.

Continúa la segunda composicion :

Destruye el viento en la empinada sierra
El cedro altivo que inmortal parece:
La juventud florida desaparece
Y todo el tiempo con su mano atierra.
Solo vive la gloria soberana
Del que á Dios en el mundo se asemeja:
No hay para el genio *ayer*, ni habrá *mañana*.

Esto es decir al Sr. Valero que ni tiene recuerdos de gloria, ni esperanzas de adquirirla; y que sus triunfos son triunfos del momento. *A confesion de partes, relevacion de pruebas.*

Concluye este descomulgado soneto con sus renglucitos, llenos de asonantes, que es un gusto :

Tanto su ser de los demás se aleja;
Que si el genio, cual Dios potente crea,
Justo es que, como Dios, inmortal sea.

La razon asiste al lado del autor de estos renglones. Muy justo es que el genio goce de la inmortalidad, y no como el Sr. Valero que, segun la confesion de sus panegiristas, no tiene *ayer* ni *mañana*: ni glorias pasadas, ni glorias futuras.

La tercera y última de estas composiciones, dice así :

¿Guzman, vives aun? ¿Esa es la mano
Por el mundo y los tiempos celebrada,
Que contra el hijo de tu amoralzada
Menea fulminando el héroe insano?
¿Esa tu voz que hiende el aire vauo?
Esa tu *fiera paternal* mirada!
Tal mi mente *figura* entusiasmada

De Valero en el genio soberano.
*La envidia ruin con asquerosas huellas,
Mariposa que muere entre la llama,
Bien quisiera nublár luces tan bellas.*

Primero dice el autor que nosotros envidiamos al Sr. Valero: que nuestra envidia es *ruin*; y que *son asquerosas sus huellas*; y acaba en pintárnosla como una linda mariposa que inocente acude á morir en la llama.

Pero ¿qué importa esto al autor de tales versos? Así ha llenado los que le faltaban para completar un soneto; y sin saber lo que hacia, nos ha echado la flor de comparar nuestro ingenio con las pintadas mariposas. Muchas gracias por la lisonja.

Continúa la tercera y última de estas composiciones :

Mas tú ¡oh genio! no temas á la fama.

Aquí se aconseja al Sr. Valero que no tenga temor alguno á la fama. *Cuando me temes, algo me debes.* No será en la conciencia del autor de estos versos, muy buena la del Sr. Valero cuando por consolarlo en su afliccion le dice que no la tema.

Acaba el soneto en esta forma:

Que así cual, sol apaga las estrellas,
así confundirás á quien te infama.

Y con poder del Sr. Valero nos han confundido algunos de sus amigos con versos faltos de sentido comun. Lo cual prueba que no lo tienen los panegiristas del Sr. Valero, ó que á lo menos les anda muy escaso.

EL CABALLERO DE LA TENAZA.

EL NIÑO MIMADO.

EL PADRE Y EL HIJO.

(CONTINUACION.)

Sabido es que desde vástago se guia el árbol, necio el hortelano que se empeñe en poner recto el álamo que creció torcido.

Era una madrugada de diciembre, lluviosa y fria, al toque de las tres alzaba Carlos con mano convulsa y torpe el pestillo del gabinete que guiaba á su cuarto, agarrado á los sillones caminó hasta el sofá, en donde se hallaba su afligido padre, que le hizo sentar á su lado con aire sereno: oigamos el diálogo que sucedió.

«Cárlos» dijo el padre balbuciente, «la juventud es la edad de los placeres, la edad del regocijo, la edad de la alegría, mas cuando á estas leyes naturales, se les da una latitud estremada llegan á tocar en la locura.»

«Desenfrenado andas, hijo mio, has perdido todos los respetos sociales, tu corazon se ha encallecido, y ciego con la venda de los vicios, atropellas y pisas lo mas sagrado.»

«Tengo sobre tí el derecho de padre, y mi amor y mi conciencia, me obligan á pararte en tu camino y dirigirte por la senda del bien.»

Cárlos dió una ruidosa carcajada, balbució algunas palabras y arrojó con ira sobre los fanales su sombrero.

El padre prosiguió: «modera tus ímpetus, Cárlos, y no hagas que despliegue sobre tí toda mi autoridad.»

«¿Qué te has figurado eres en el mundo, crees que todo lo que te rodea existe para juguete tuyo? quizás como el feroz tigre mira á las ovejas, miras á tus semejantes, pues te engañas que tengo poder para encadenarte.»

«En dos años que llevas de crápula se han disminuido considerablemente mis rentas. Tiras el oro como un labriego la tierra; cuando ese oro se consume, á dónde irás á buscarlo?»

Cárlos se puso de pié exclamando: «A cosas tocais, señor, que deberíais respetar: si tiro el oro, ese oro es mio, y de ello á usted nada le va: mi madre era rica y rico me dejó, si me hiciere pobre, sufriré mis trabajos que soy jóven y tengo valor. Por miras interesadas me hablais de esa manera; si existiera mi madre, no os hubierais atrevido ni á pensar semejante idea. Teneis sed de oro, pues buscadlo por otra parte y no querais disponer del mio. Con esto de que sois mi padre, queréis comerciar á costa de mis privaciones; pues nó, os engañais, todo lo que me rodea es mio, esta casa mia: sino estais á gusto en ella ganad dineros y fabricad una.»

«¡Me arrojas de mi casa!» exclamó el anciano; «Atropellas mi autoridad. Maldito el que engendró sierpes; te abandono fiera cruel:» y salió el padre de su habitacion abogando en llanto.

A poco se oyó cerrar una puerta con violencia y se escucharon pasos apresurados por la calle.

Cárlos exclamó, asomándose al balcon con aire indiferente, «el volverá»; y luego de dar

voces desgarradas á sus criados, echó al suelo con el pié la mesa de adorno que habia llena de dijes delante del sofá y se acostó vestido en su lecho, quedándose dormido profiriendo horribles maldiciones.

Se desató un viento horroroso, que deshizo los cristales del balcon que habia defado abierto Cárlos, y una tormenta espantosa cerró aquel cuadro triste.

El infeliz padre fué á buscar un consuelo en el seno de la amistad, consuelo triste que no puede aliviar sus agudísimos dolores. Ha salido arrojado de su casa por su infame hijo. ¿Cómo volver á ella? En realidad, de aquel capital que poseia no le tocaba de derecho ni aun el de dirigirlo; Cárlos habia salido ya de tutela y podia manejarse por si solo. La poca delicadeza del hijo acrecentaba la mucha de su padre, y no podia presentarse otra vez ante el monstruo que habia engendrado, sin rebajar su pundonor. Ya roto el cariño filial, no podia presentarse á reclamarlo, y solo podia exigirle la satisfaccion que existe entre caballero y caballero.

Aun en medio de sus dolores le queda la esperanza del arrepentimiento, y con su amigo exclamaba; «Si, quizás vuelva arrepentido, y bese mi mano y se arroje entre mis brazos y arranque de mis ojos lágrimas de ternura y de mis labios palabras de perdón.» ¡Cuánto se engañaba! Veámos si nó, lo que hizo Cárlos.

Como de costumbre tenia, se levantó á las doce de aquella mañana y almorzó con sus amigos, á quienes contó el lance que habia tenido con su padre, los cuales le aplaudieron su determinacion.

El cuarto de su padre lo mandó cerrar y arrojó la llave á un rincon. Vistióse con elegancia y salió con sus amigos á pasear á caballo: ni un recuerdo de su crueldad, ni un lejano sentimiento de lo pasado cruzó por su mente. Aquel dia apuró con mas desenfreno sus livianos caprichos, y del mismo modo sucedió en los subsiguientes. Las puertas de su casa se facilitaron á todas horas para jugadores y beodos, sus arcas se abrieron y rebosó el oro en las manos de sus amigos. El lujo, la vanidad y abundancia, fueron sus ídolos: *olvidar lo pasado, agotar lo presente y no cuidarse del porvenir*, fueron sus máximas.

De oro son los sueños de los vicios, mas el despertar de hierro. J. S. P.